

CANNES, AÑO 20

CADA año, desde hace veinte, la primavera francesa hace florecer el Festival de Cannes: competición artística, lonja comercial, feria de las vanidades, todo esto y mucho más es el certamen de Cannes, al que los chauvinistas franceses consideran el más importante del mundo. En duro pugilato con Venecia —el otro grande entre los grandes—, Cannes se ha mantenido airoosamente durante estos veinte años y sigue dispuesto a dar la batalla en un momento en que todos los comentaristas coinciden en señalar la crisis general del cine, la escasez de buenas películas y la excesiva proliferación de festivales, festivallitos y festivalines... Recurriendo a los cómodos esquemas se puede decir que Venecia es la competición que ha optado por la fórmula «artística» y Cannes por la «mundana».

Aunque iniciado en 1939 —pero abortado por la explosión de la segunda guerra mundial— bajo la presidencia de Louis Lumière, el Festival de Cannes comienza su andadura al terminar las hostilidades, en 1946. Once países participan y se conceden once grandes premios a cada una de las películas representantes de esas naciones: a destacar «Breve encuentro», de David Lean, y «Roma, ciudad abierta», de Rossellini.

España no se asoma a Cannes hasta el año 1951. El año anterior Carol Reed había obtenido el Gran Premio con «El tercer hombre» y, al compás de la gitana, se orquestaba ese cine de la guerra fría que se mantuvo durante varios años más. España presenta tres películas: «Balarrasa», «La honradez de la cerradura» y «Debla, la virgen gitana». Entre las películas extranjeras más importantes se encontraban «Los olvidados», de nuestro Buñuel; «Eva al desnudo», de Mankiewicz —Marilyn aparecía por primera vez en la pantalla de Cannes—, y «Milagro en Milán», de De Sica, que alcanzaría el Gran Premio. La representación española se sintió acomplejada en esta su primera visita al Festival francés. Vicente Escrivá se preocupaba por la suerte de «Balarrasa»: «No es película para pasarla aquí. La que va a triunfar es "Debla"». Jesús Suevos puntualizaba: «Aquí, una vez que he visto reaccionar al público, hay que mandar españoladas; pero españoladas muy bien hechas. Con música, con toros, con Andalucía..., con todo eso que el «Indio», en otro sentido, logró hacer en Méjico». Efectivamente, «Debla» gustó en Cannes, y la delegación española hizo el firme propósito de hacer buenas españoladas al año siguiente. De todas formas, Paquita Rico y Ana Esmeralda se en-

cargaron de dar color hispánico a nuestra representación. Con mantilla de blonda y capotillo torero, Ana; con traje de faralae y mantón de Manila, Paquita: así se presentaban en las sesiones; de esta manera actuaban en la fiesta española del hotel Martínez, consiguiendo para nuestra representación un considerable éxito extracinematográfico.

A pesar de los decididos propósitos del año anterior, de las tres películas que España envió a Cannes en 1952 —«Surcos», «Parsifal» (en la sección

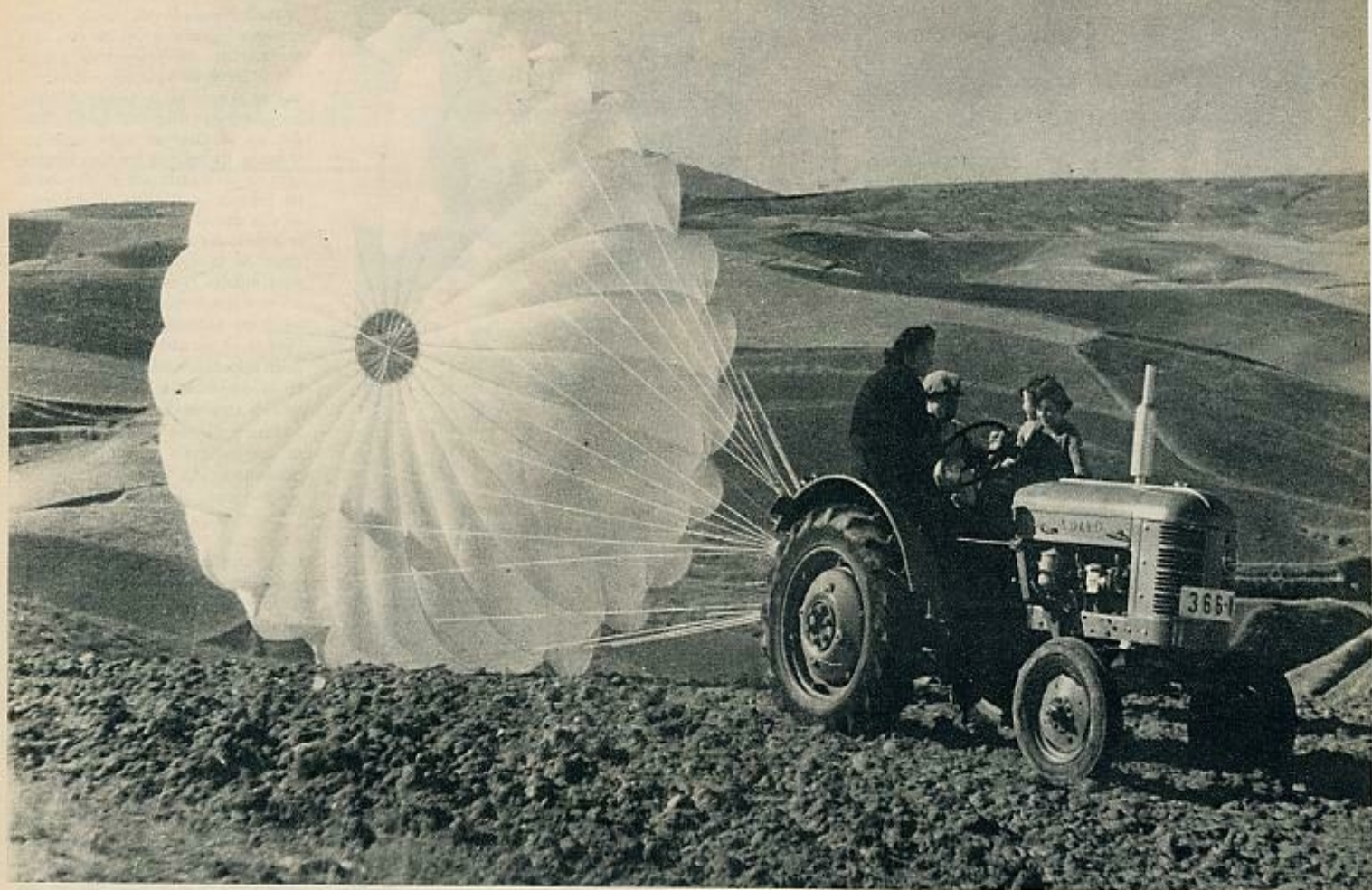
comercial) y «María Morena»— sólo esta última respondía al enunciado de españolada. Se insistió, eso sí, en disfrazar a nuestros artistas de «españoles» a lo Merimée: Paquita Rico, Marujita Díaz y Marisa de Leza pasearon por La Croisette sus volantes, madroños y peinetas; Rafael Albaicín exhibió su traje de terciopelo negro y su camisa rizada. Un nuevo aliciente de la representación española: Mario Cabré disputaba con el príncipe Ali Khan el título de «play boy» de la Costa Azul: por entonces, Cabré flirtaba con Yvonne de Carlo. En la

competición cinematográfica concurrían, entre otras, «Umberto D», «Brigade 21», «Viva Zapata», «Otelo» y «Dos centavos de esperanza». Los films de Welles y de Castellani alcanzaron, ex-aequo, el Gran Premio.

Una españolada «al revés» fue la posibilidad al año siguiente de obtener el primer éxito verdadero de nuestro cine en Cannes: «Bienvenido, Mr. Marshall» era una película en la que Lolita Sevilla cantaba unas cuantas canciones. Seguramente influyó este dato a la hora de enviarla al Festival, acompañada de «Duende y misterio del

En 1951 España participa oficialmente en Cannes. «Balarrasa», «La honradez de la cerradura» y «Debla, la virgen gitana» fueron las películas concurrentes. En la foto, Jesús Suevos, Antonio Román, Ana Esmeralda, con capote torero, y Cesáreo González.





«Bienvenido, Mr. Marshall», de Luis García Berlanga, significó el primer triunfo del cine español en Cannes. Desde entonces los nombres de Luis G. Berlanga y J. Antonio Bardem estuvieron presentes en las más importantes competiciones internacionales. En la foto superior, un fotograma del film; en la inferior, un momento de la fiesta ofrecida por la delegación española el año —1953— de la exhibición de «Bienvenido». Mary Luz Galicia y Lolita Sevilla bailan en la pista del hotel Martínez.

flamenco» y de «Doña Francisquita». Pero, posiblemente, pocos contaban con que a partir de ese film surgirían dos nombres decisivos en el cine español: Juan Antonio Bardem y Luis García Berlanga. «Esta noche ha nacido el cine español», exclamó entusiasmado un periodista italiano tras la proyección de «Bienvenido», que en el reparto de premios obtendría el Internacional del Film de Humor, el de la Crítica y una mención especial al argumento. Lolita Sevilla y Mary Luz Galicia fueron las encargadas este año de sacar del viejo arcón los vistosos trajes de flamencas. Por la playa se paseaba en sucinto bikini una jovencita —19 años— que respondía al nombre de Brigitte Bardot. Gary Cooper trastorna a otoñales, jóvenes y niñas; Orson Welles busca productor y despierta expectación a su paso. William Wyler se lamenta de la situación en los Estados Unidos: «Es imposible hacer ninguna clase de películas. En seguida dicen que uno es antiamericano, que uno es comunista, que uno es sospechoso». Se repartió por entonces una carta abierta a los asistentes a Cannes informando sobre las presiones que se habían ejercido sobre Jules Dassin —uno de los perseguidos por Mac Carthy—, vetándole la película que iba a rodar en París con Zsa Zsa Gabor. «El salario del miedo» alcanza el Gran Premio.

Un nuevo golpe al folklorismo con vistas a Cannes: «Todo es posible en Granada» —que incluía una secuencia en color en la que bailaba Antonio— y «Aventuras del barbero de Sevilla»: y ya que el año pasado

SIGUE





Sofía Loren aparecía tímidamente en Cannes, mientras Gina Lollobrigida estaba en el apogeo del estrellato. En el año 54, Sofía se retrataba con Mitzi Gaynor y una actriz soviética. Aún no la buscaban a ella sola los reporteros y los informadores.

se habían revelado dos nuevos valores, convenía conceder a uno de ellos otra oportunidad: Bardem estuvo presente en Cannes en 1954 con «Cómicos», que se exhibió en la «sesión aurora», por la mañana temprano. La crítica pidió que se diese un nuevo pase por la noche. La película fue bien acogida, pero no fue mencionada en ninguno de los premios. «La puerta del infierno» se alza con el máximo galardón frente a películas importantes como «Los cinco de la calle Barska» o «Monsieur Ripois». Gina Lollobrigida, en su primera aparición en Cannes, consigue un buen éxito personal. Con María Félix se ve frecuentemente a un joven galán egipcio llamado Omar el Chérif... En el consabido apartado de española de exportación tenemos a Marujita Díaz y Carmen Sevilla. Tímidamente aparece Sofía Loren, pero nada puede hacer ante la soberana Gina: ya vendrán otros tiempos.

Todavía algunos cronistas mundanos no conocen bien a «la estupenda estrellita francesa Brigitte Bardot»; algún otro propone que «hay que darle un premio a Brigitte Bardot por la escasez de tela en su bikini». Y por entonces, estamos en 1955, los cronistas españoles escribían bikini con comillas. En 1951 se esperaba que Marilyn —a la que se denominaba «la nueva estrella de Hollywood»— acudiría a Cannes, pero no fue. Tampoco en 1955 hizo acto de presencia. Va en su lugar Grace Kelly, a la que las comadres le atribuyen un flirt con Jean Pierre Aumont. Los críticos y los espectadores se quedan estupefactos ante el gran actor que ha descubierto Elia Kazan en «Al este del Edén»: James Dean. En un film griego, «Stella», pasa desapercibida una



Pablito Calvo tuvo en 1955 un gran éxito con «Marcelino Pan y Vino», premio OCIC. En la foto, Pablito y Susana Canales, Terry Moore y Maruja Asquerino.



Ese mismo año, el 55, Juan Antonio Bardem conseguía el premio de la Crítica por «Muerte de un ciclista». Era la oportunidad de un lanzamiento internacional.



«Faustina» en el Festival de 1957. De izquierda a derecha, Fernando Fernán Gómez, Elisa Montés, Cesáreo González, María Martín y José Luis Sáenz de Heredia.



1959 es el año de la nouvelle vague. André Malraux bautizó una nueva promoción de cineastas franceses. «Orfeo negro», de Camus, consigue la Palma de Oro.



Fiesta taurina para la presentación de «Los golfos», de Saura, en 1960: Manolo Zarzo, Oscar Cruz, Conchita Bautista, Cabré, María Mayer y Luis Marín.



En el 1961 es lanzada como estrella internacional Claudia Cardinale con «La ragazza con la valigia» y «La viaccia». En la foto, de la mano de Zurlini.



actriz de talento: Melina Mercouri. Sofía Loren pierde timidez y se atreve a desafiar a Gina, pero ésta sigue gobernando el firmamento estelar italiano. Bardem —que presenta «Muerte de un ciclista»— se acerca a Betsy Blair y la reconoce ante el asombro de la propia Betsy: «Usted hacía un papel muy pequeñito en "Doble vida", con Ronald Colman». Desde ese momento, Betsy no piensa en otra cosa que en interpretar una película dirigida por Bardem. El cine español sale bien parado en Cannes 55: Pablito Calvo despierta simpatías. La OCIC menciona a «Marcelino Pan y Vino». Y «Muerte de un ciclista» consigue el premio de la Crítica. Es el lanzamiento de Bardem como director internacional. Simone Debrevilh escribe un artículo memorable: «Ça va Bardem!». A tono con la seriedad **SIGUE**

★

En ese mismo año alcanza la Palma de Oro, ex-aequo con «Une aussi longue absence», «Viridiana», de Luis Buñuel. La pareja protagonista del film: Francisco Rabal y Silvia Pinal.



Cannes 63: Luchino Visconti obtiene la Palma de Oro por «El gatopardo». Los premios de interpretación recaen sobre el inglés Richard Harris y Marina Vlady.

de las películas presentadas, ese año no hay representación «racial».

Estamos en 1956. El ministro Mitterrand inaugura el Festival, que ha de retrasarse por la boda de Grace de Mónaco, para que la mundanidad europea pueda asistir a ambos festejos. A Kim Novak la consideran entonces la «gran promesa de Hollywood», pero apenas sale de su habitación del Carlton porque ha perdido el secador del pelo... y porque Susan Hayward acapara la atención de fotógrafos y «fans». Un incidente: se rechaza la película anticomunista alemana «Cielo sin estrellas»; los germanos se van. En contrapartida, la organización veta «Nuit et brouillards», de Resnais, estremecedor documento sobre los campos de exterminio nazi; pudo verse, sin embargo, en una proyección extraoficial. También se rechazaron películas —por motivos políticos— de Inglaterra, Checoslovaquia y Yugoslavia. Se crea «Uniespaña», para la difusión de nuestro cine en el extranjero, y se envía a Cannes «Tarde de toros», «La fierecilla domada» y «La gata». Se lleva la Palma de Oro «El mundo del silencio». «El misterio Picasso» recibe el Premio Especial del Jurado.

«Faustina» representa a España en 1957. La Palma de Oro se concede a «La gran prueba», de Wyler. Los comentaristas admiten que a partir de «El 41» el cine soviético ofrece una mayor flexibilidad en sus temas. Michael Todd ofrece una fastuosa cena. Bresson desconcierta con su «Un condenado a muerte se ha escapado».

1958 es un año polémico en Cannes. China popular protesta porque se haya invitado a la China nacionalista. Polonia retira «El octavo día de la semana» sin dar explicaciones. Sofía Loren llega, pide ver «El deseo bajo los olmos» y coge el primer avión de vuelta. El stand español está vacío: los cronistas nacionales protestan. Cua-

★

El Festival del año pasado asistió al lanzamiento espectacular de Ursula Andress, revelada en el primer film de la serie James Bond. Ursula sonríe.

tro días antes de terminar el Festival se produce la intervención de Salán y Massu. El Festival languidece. Se habla de crisis de calidad, se lamenta que haya tantos Festivales. Grace Kelly vuelve a Cannes, pero ahora como princesa. Jayne Mansfield se beneficia de la precipitada huida de la Loren. «Cuando pasan las cigüeñas» obtiene la Palma de Oro y los productores americanos quieren contratar a Tatiana Somoilova, incluso pretenden organizar una coproducción con Rusia para apoderarse de la estrella soviética. Nuevamente, Bardem consigue el premio de la Crítica, esta vez por «La venganza». Gina llega después de haberse marchado Sofía Loren, pero tiene menos éxito que ella: su estrella empieza a declinar.

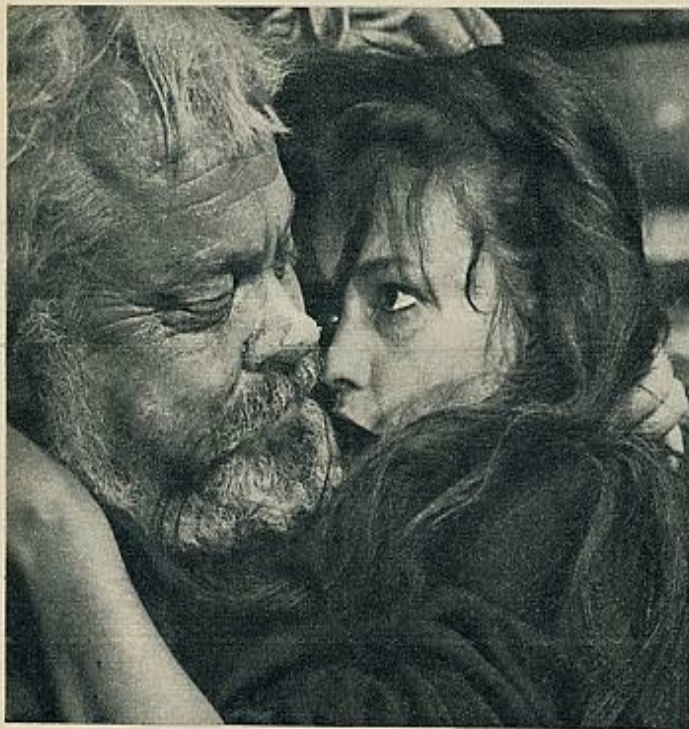
En 1959, André Malraux entrega los premios y da el espaldarazo a la «nouvelle vague», denominación acuñada por «L'Express». «Les 400 coups» «Orfeu negro» y «Hiroshima mon amour» componen la muestra de los jóvenes realizadores franceses. Un ilustre crítico español considera repulsivo el film de Resnais, calificándolo de «film de pésimo gusto»: años después variaría sensiblemente su crite-

rio sobre el mismo film. «Orfeo» consigue la Palma de Oro. Buñuel recibe un homenaje por toda su obra y alcanza con «Nazarín» el Premio Internacional.

Volvemos a las andadas. Para arropar la presentación de «Los golfos» en 1960 se ofrece a los asistentes un festejo taurino, venciendo la oposición de la Sociedad Protectora de Animales. Muere Ali Khan: La Begum, fiel al Festival desde el primer año, tiene que ausentarse. «La dulce vida» se alza con la Palma de Oro. María Callas arma más revuelo que cualquier actriz.

En 1961 los sucesos de Argelia pesan sobre el Festival. «Viridiana» y «Une aussi longue absence» consiguen, ex-aequo, la Palma de Oro. Sofía Loren consigue el premio de interpretación femenina por «Dos mujeres». Gina acude, sin película, a hacer competencia a su colega, pero el largo duelo sostenido por las dos rivales desde hace años, se ha resuelto definitivamente ese año a favor de la señora Ponti. Por si fuera poco, ese mismo año es lanzada Claudia Cardinale con dos films: «La viaccia» y





Cannes conmemora este año su veinte aniversario. Transcurrida la primera semana de Festival, el film con más probabilidades para conseguir la Palma de Oro es «Campanadas a medianoche», realizada en España enteramente por Orson Welles.

«La ragazza con la valigia». Gina comienza a declinar.

El Festival de 1962 se abre con un nuevo incidente. De «Boccaccio 70» ha sido cortado por Ponti el episodio de Monicelli. Germi y Antonioni se solidarizan con su compañero, negándose a asistir a las proyecciones de sus films respectivos «Divorcio a la italiana» y «El eclipse». Un cronista sentencia: «Todo el mundo está de acuerdo en que la fórmula que dio brillo y boato a los últimos Festivales ha muerto». Sin embargo, ese año en Cannes hay concentración de famosos: Harold Lloyd, Mónica Vitti, Jeanne Moreau, Jean Claude Brialy, Glenn Ford, Gene Tierney, Walter Pidgeon, Ulla Jacobson, Bernard Buffet, Mel Ferrer, Curd Jurgens, Natalie Wood, Otto Preminger, Robert Bresson, Romy Schneider, Alain Delon, Marina Vlady... Contra todo pronóstico, consigue la Palma de Oro un folletinesco y convencional film brasileño: «El pagador de promesas». El excelente «El verdugo», de Berlanga, representa a España.

El escándalo más estrepitoso que se recuerda en Cannes fue durante el reparto de premios de 1963. El ministro de Información, Peyrefitte, fue interrumpido por abucheos durante su lectura. Se quiso agradar a todos y nadie quedó convencido. Indiscutible, la Palma de Oro para «El gatopardo» viscontiniano. España presenta «El buen amor», de Regueiro. Georges Sadoul y Luis Buñuel hablan muy bien de la primera obra de este joven realizador español.

«Los tarantos», «Los felices 60» y «La niña de luto», que obtiene una mención del Jurado a «opera prima», son los films que representan a España en 1964. Cannes trata de enseñar una nueva fórmula: sin renunciar a la «mundanidad», prefiere invitar a los realizadores para que hablen de sus películas, aunque las estrellas sigan estando en el escaparate en la parte más vistosa. Con ruidosas protestas se recibe la Palma de Oro para

«Los paraguas de Cherburgo». Un espectador de las primeras filas, parodiando la forma del film, canta su protesta.

1965 marca un giro decisivo en la tónica del certamen francés. Frente a la «austeridad» impuesta por Chiarini en Venecia, Favre Lebrat se decide a hacer el más mundano de los Festivales. Invita a la cantante Sheila para promocionar nuevos «fans», nombra presidente del Jurado a una estrella de Hollywood: Olivia de Havilland, e invita a toda la familia de James Bond: Sean Connery, que se presenta con una película anti-Bond; Ursula Andress, que se convierte en la bomba de las superestrellas, promocionada vertiginosamente ese año; Claudine Auger, tras los pasos de Ursula; Carroll Baker montó su particular «shows» pretendiendo revivir a Harlow. Se premia a dos actores jóvenes: Terence Stamp y Samantha Egger. Consigue la Palma de Oro «The Knack», de Lester, el realizador de las películas de los Beatles. España presenta «Los pianos mecánicos» y «El juego de la oca». Vuelve Regueiro, esta vez a la semana de la Crítica, con su segundo film: «Amador». Durante los quince días del Festival se proyectaron 158 films en el «Marché du film», 30 a concurso, 8 a la semana de la Crítica, más las proyecciones privadas.

Y este año, vuelta a empezar. Con veinte años a la espalda, Cannes sigue adelante.

J. G. D.
(Fotos ARCHIVO)

EN EL PROXIMO NUMERO CANNES: 66

UN EXTENSO REPORTAJE
SOBRE EL FESTIVAL
CINEMATOGRAFICO DE
NUESTRO ENVIADO ESPECIAL

CESAR SANTOS FONTENLA

CANNES, 66

VIGESIMO aniversario. El Festival se replantea, hasta cierto punto, el modo de su supervivencia. Cannes ha sido, en su «gran época», el prototipo del certamen mundano, punto de cita de las estrellas más en boga, cuna de las «starlettes» como fenómeno social. En los últimos años, debido en parte a la proliferación excesiva de este género de manifestaciones, en parte al ejemplo de Venecia, las cosas habían ido cambiando. En el aniversario parece haberse tendido a volver a los fastos de antaño. Poner a Sofia Loren a la cabeza del Jurado Internacional es un modo de asegurar su presencia durante quince días. Reanudar con la tradición de las fiestas ofrecidas por las diversas delegaciones nacionales, es otro modo de contar con una serie de figuras, más o menos populares, sobre las que, desde su tierra de origen, puede hacerse presión. Por otra parte, y aniversario por aniversario, se ha montado, coincidiendo con el del Festival y con el quincuagesimo del cine, una fabulosa exposición que hay que agradecer a Henri Langlois, alma de la Cinemateca Francesa, a quien un día debería ofrecerse, a escala internacional, el homenaje que sin ningún género de duda está pidiendo a gritos su gigantesca figura. Toda clase de documentos, que van desde la prehistoria del cine a su historia más reciente: desde un panel original del decorado de «Caligari» al uniforme de Von Stroheim en «La marcha nupcial»... Ya sería digna de admiración la exposición en tanto que fenómeno aislado, susceptible de haber consumido la vida de un hombre hasta llegar a término. Pero cuando se piensa que no se trata sino de una mínima parte de lo que Langlois ha conseguido reunir, y que además la Cinemateca da cuarenta y dos sesiones diferentes por semana a lo largo de todo el año, se queda uno boquiabierto.

Llegada la mitad del Festival, la fatiga empieza a aparecer en todos los rostros, el entusiasmo de los primeros días decae, la excitación de los últimos no ha comenzado aún. «Doctor Zivago», fuera de concurso, es el film al que le ha correspondido llenar una jornada de descanso que los asistentes, periodistas o no, estaban necesitando. De lo presentado hasta ahora, «Campanadas a medianoche» sigue siendo lo más importante. Puede llevarse la Palma de Oro, a no ser que el Jurado piense que, puesto que Welles ya tuvo premio en Cannes con película shakespeariana —«Otelo»— se limite a darle su premio especial. En cualquier caso, parece seguro que España —Welles ha rodado su film íntegramente en nuestro país— figurará en el Palmarés. Aparte el film de Welles, otros dos de nuestra nacionalidad se han exhibido en el Festival. Fuera de concurso, en la Semana de la Crítica, «Fata Morgana», de Vicente Aranda, basado en un relato de Gonzalo Suárez. Se trata de una obra que se sale por completo de los caminos trillados de nuestro cine, en la que se experimenta con una serie de posibilidades que aboquen a un cine de ruptura, ajeno a cualquier tipo de planteamiento naturalista de la narración. Realizado en color —un color no natural—, el film es insólito y lleno de interés. Teresa Gimpera, rostro popularísimo en la pequeña pantalla, hace en él sus primeras armas cinematográficas y se defiende honorablemente en un papel que, por otra parte, le viene a la medida. En competición, «Con el viento solano», basado en la novela homónima de Aldecoa, dentro de una línea de búsqueda de un cine popular, destinado al gran público y realizado con medios. No ha sido, probablemente, un acierto el haber escogido el marco de Cannes para su lanzamiento internacional; Mar del Plata, donde Mario Camus tiene un prestigio bien ganado, habría resultado más adecuado. Gades, protagonista del film al lado de María José Alfonso, logra «pasar la pantalla» y se revela como una auténtica figura a la que no le falta mucho para estar cuajada. La noche de la proyección, en la fiesta que se celebró a continuación en el Hotel Martinez, se apuntó un triunfo personal como bailarín, en un espectáculo en el que intervino parte de su compañía. La Polaca y Calderas tuvieron también un gran éxito.

Al margen de la jornada española y del impacto de «Campanadas», no ha habido aún, en el marco del certamen, esa película que siempre acaba por aparecer y que divide apasionadamente las opiniones. «Tórrida», de Volker Schöndorff, antiguo ayudante de Louis Malle, es una de las favoritas en la carrera a por los premios. Luego, en la boca de todos, «La religión», aunque se hable más del «affaire» que del film en sí. «La guerra est finie» ha debido, por razones diplomáticas, quedar fuera del palacio del Festival. Cuantos la han visto —se ha proyectado antes de mi llegada, y se volverá a dar cuando esta primera noticia esté en la calle— aseguran que no se trata, en absoluto, de una película susceptible de ofender los sentimientos nacionales. Por otra parte, basta con conocer la obra anterior de Resnais para saber que, en ningún caso, podría haber habido en ella nada de panfletario. El Festival, en cualquier caso, no termina en el Palacio. Los cines de la rue d'Antibes proyectan, cada día, docenas de films interesantes en el cuadro del Mercado del Film. Serían precisas muchas más horas de las que se dispone para poder decir que no se ha dejado pasar nada interesante. Siete u ocho proyecciones diarias es el máximo obtenible. Máximo que, en general, es alcanzado por los españoles, hambrientos de cine y este año más numerosos que nunca, con presencia de representantes de todas las revistas especializadas además de los de la gran prensa. Hasta aquí esta primera nota de urgencia, hecha a vuelapluma. La semana próxima, con la relativa reflexión que permite la puesta en orden de notas tomadas precipitadamente, será otra cosa. Al menos hay que esperarlo así.

CESAR SANTOS FONTENLA
Cannes, mayo 1966